MELVILLE EN JERUSALEM

Vicente Quirarte

Fondo Editorial
Universidad Autónoma de Querétaro

Primera edición: 2018

© 2018 Vicente Quirarte
© 2018 Universidad Autónoma de Querétaro
Cerro de las Campanas s/n
Centro Universitario, 76010
Santiago de Querétaro, México

ISBN: 978-607-513-379-9
ISBN Colección Libro Mayor: 978-607-513-246-4

Impreso en México

MELVILLE EN JERUSALEM

Fondo Editorial
Universidad Autónoma de Querétaro

La presente edición consta de trescientos cincuenta ejemplares. Los interiores se imprimieron en papel Ledger de ciento veinte gramos y los forros en Fabriano Clásico de doscientos diez gramos. Los primeros cincuenta ejemplares fueron numerados y firmados por Vicente Quirarte. Los ejemplares siguientes están numerados del cincuenta y uno al trescientos cincuenta.

Ejemplar número: 44

Vicente Quirarte

MELVILLE EN JERUSALEM

Vicente Quirarte

A Ruth Fine,
soror admirabilis

Para el gran Ignacio Ballesteros,
que tanto hace por las
navegaciones de su amigo

Vicente

Le seul véritable voyage, le seul bain de Jouvence, ce ne serait pas d'aller vers de nouveaux paysages, mais d'avoir d'autres yeux, de voir l'univers avec les yeux d'un autre, de cent autres, de voir les cent univers que chacun d'eux voit, que chacun d'eux est...

MARCEL PROUST, *La Prisonnière*

Melville en Jerusalem

HERMAN MELVILLE LLEGÓ a Jerusalem el 6 de enero de 1857. Joven e impetuoso, sus experiencias nómadas se habían reflejado en sus novelas iniciales. Ahora, un viajero distinto emprendía su propia y solitaria peregrinación a Tierra Santa. Financiado por su familia, llegaba desencantado, en plena crisis de esterilidad creativa, seguro de que *Moby-Dick* y sus obras posteriores habían constituido un fracaso desde todos los puntos de vista.

Unos días antes, en Liverpool, así lo describió el cónsul de Estados Unidos en esa ciudad inglesa: "Melville vino a verme... Lucía como casi siempre (un poco más pálido y, tal vez, un poco más triste), con un abrigo de grueso tejido, su gravedad característica y sus maneras reservadas". El cónsul se llamaba Nathaniel Hawthorne. Con él había compartido Melville sus deseos más íntimos, cuando la creación era para ambos un tobogán infantil siempre en presente. Cuando realidad y deseo se consumaban simultáneamente. Cuando la tangibilidad de la escritura era superior a los sueños. Un poco más triste de lo que era. Los tristes son los alegres del futuro. Melville fue incapaz de experimentar semejante metamorfosis. En cambio, nos dejó una inmensa tarea por cumplir.

Melville permaneció 13 días en Jerusalem, hasta el 19 de enero. El resultado de su experiencia daría como resultado un extenso poema de más de veinte mil versos titulado *Clarel*.

A Poem and Pilgrimage in the Holy Land. Como lo indica el título, se trata del viaje físico y espiritual –condición del peregrino– que realiza un joven llamado Clarel. Ni remotamente tiene la intensidad conmovedora de *Moby-Dick*. Sus excesivas descripciones carecen de la carga poética presente en los textos en prosa. Sin embargo, como gran viaje de la conciencia y arquitectura mental que pretende dar testimonio de las maneras en que paisaje e historia moldean la conciencia de un hijo del siglo XIX, es antecedente de grandes poemas del siglo XX como *The Waste Land* de T.S. Eliot o *Anábasis* de Saint-John Perse.

Gracias al diario que Melville llevó durante su viaje a Jerusalem, es posible seguirlo paso a paso, desde su desembarco en Jaffa hasta su llegada a la ciudad tres veces santa. El diario está escrito en frases cortas, sin intenciones literarias, sólo con el objeto de dar testimonio de los hechos. Pero debido a que es Herman Melville quien lo signa, resulta imprescindible asomarse a él:

> 6 de enero [1857] Temprano en la mañana tuvimos a Jaffa al alcance de la vista. Un ligero balanceo y luego las olas rompientes antes de la ciudad. Desembarcamos, no sin cierto peligro –los lancheros (árabes) tratando de burlarse de mis supuestos miedos, ¡perros taimados! Contraté a un guía judío para que me llevara a Jerusalem. Cruzamos la planicie de Sharon teniendo como vista las montañas de Efraín. Llegamos a Ramala y me registré en el supuesto hotel. Durante la cena en vajilla rota y carne fría, torturados por mosquitos

> y pulgas, el guía dijo, "Estos árabes no saben cómo manejar un hotel". Asentí plenamente. Tras una noche horrible, a las dos de la mañana estábamos ensillados rumbo a Jerusalem. Tres sombras recortadas en el suelo a la luz de la luna. A la salida del sol íbamos llegando a las montañas. Pálido olivo de la mañana. País marchito y desierto. Desayuno en una mezquita en ruinas. Cueva. Caliente y difícil cabalgata sobre las colinas áridas. Llegamos a Jerusalem, alrededor de las 2 de la tarde. Me registré en el Hotel Mediterranean. Manejado por un judío converso, alemán, de nombre Hauser. El hotel da a un lado de la Alberca de Hezekiah, está cerca del Convento Cóptico, sobre la calle de los patriarcas, que desemboca en la calle de David. Desde la terraza enfrente de mi cuarto, imponente vista del domo del Santo Sepulcro y el Monte de los Olivos. La casa de junto es un espacio abierto, ruinas de un antiguo convento latino, destruido por algún enemigo siglos atrás y nunca reconstruido... Caminé hacia el norte de la ciudad, pero mis ojos estaban tan afectados por las prolongadas cabalgatas bajo el deslumbramiento de la luz de las colinas áridas, que tuve que regresar al Hotel.

Sobre la calle de los Patriarcas ya no existe el Hotel Mediterranean. En el espacio donde Melville lo sitúa hay varios comercios y un hotel pequeño, de construcción reciente. En plena calle, un grupo de rumanos bebe cerveza Tuborg como si este sábado fuera el último de la creación. Son rubicundos, melancólicamente alegres, como otro grupo que se reúne a hacer lo mismo en la Puerta de los Leones. Así lo hacían los vasallos

del Conde Drácula, campesinos que en el alcohol encontraban un refugio contra los fantasmas tangibles y los conjurados por su imaginación aterrorizada. En la misma manzana donde estuvo Melville, traspuesta la puerta de Jaffa, permanecen dos viejas construcciones decimonónicas, contemporáneas del viaje que hizo el escritor norteamericano: el New Imperial Hotel y el Hotel Petra. Entro al primero de ellos. Los bajos están ahora ocupados por comercios y se ha eliminado la entrada monumental por la que pasó el casco reluciente del káiser Guillermo II, que se alojó ahí. Lo atiende una mujer anciana, alta, erguida, que me saluda con un impecable acento británico y me da las tarifas de ese hotel ahora ocupado por niños perdidos. Lo más notable es la cantidad de *memorabilia* que tapiza las paredes: fotografías del káiser, mapas, artesanías. "Este hotel es de palestinos", me explica la señora, que parece de otro tiempo. Al salir, y mientras contemplo la fachada aún digna y noble, un árabe me mira intensamente y me pregunta: "¿Qué busca?" Naturalmente, él me quiere decir que tiene cualquier cosa que yo busque. Le respondo, casi de inmediato: "Busco el fantasma de Herman Melville". El árabe termina por mirarme con más desconfianza de la que yo debo de haberlo mirado a él.

Penetro al interior del Hotel Petra, ayer hotel de lujo en la Ciudad Vieja, hoy refugio de viajeros llamados orgullosamente mochileros. *Backpackers* denomina despectivamente la jerga turística a quienes hacen del viaje un heroísmo y, como el caracol, llevan la casa en las espaldas. Todas las ciudades del mundo tienen un inmueble semejante, y el Hotel Petra se

levanta con su fachada de orgullosa y limpia cantera, con sus balcones añejos; interrumpido su señorío intemporal por sillas de plástico y ropa puesta a secar por los huéspedes.

En el interior del Hotel Petra, sus escaleras rechinantes se quejan como los fantasmas que lo habitan: turistas –jóvenes y no tanto– en una promiscuidad semejante a la del Pequod. Todo en el hotel es viejo, ajado, decadente. Pero la azotea, coinciden en afirmar todas las guías, es uno de los mayores lujos de Jerusalem. Desde la altura de este viejo edificio, el Domo de la Roca se nos viene encima. Son las cinco de la tarde, y los ortodoxos se dirigen, en fila enlutada, entusiastas y alegres, hacia el muro occidental, para asistir al término del *sabbath*. Las cúpulas del Santo Sepulcro amplifican las campanas de la llamada a misa católica. Aunque más de siglo y medio ha transcurrido, ésta es la Jerusalem mirada por Herman Melville, y este Hotel Petra, una metáfora del barco ballenero donde navegantes de todos los lugares del mundo y de todas las religiones se dan cita para su maravillosa y atroz aventura. Mientras el Sol se oculta, como si la azotea fuera la cubierta de este barco varado en la Ciudad Vieja, los mochileros tienden sus astrosos colchones para echarse de cara al cielo, privilegio compartido por todos los peregrinos que llegan a esta ciudad donde Dios se traduce en tres idiomas, en tres formas distintas de pensar.

Salgo a la calle, y tras recorrer los pasillos bulliciosos de la ciudad antigua, me siento frente al muro del antiguo templo judío, sitio sagrado de oración. Para incorporarse a la culminación o el principio del *sabbath*, llega el profeta Elías, que

mira hacia ninguna parte y por eso lo mira todo. Para que no quepa duda acerca de su identidad, lleva con él un portafolios de fibra de vidrio que ostenta su nombre con letras fluorescentes. Nuestro embajador Juan Antonio Mateos, bisnieto del ilustre escritor liberal, me advirtió sobre el síndrome de Jerusalem. Este hombre no cree que es el profeta Elías sino verdaderamente lo es. La aparición me lleva al capítulo de *Moby-Dick* en que un extraño se aproxima a Queequeg e Ismael para preguntarles, a punto de embarcarse ambos en el barco ballenero, si han encomendado sus almas a Dios. Elías, en la novela de Melville, es el profeta que vaticina la ruina del capitán Ahab y la muerte de todos los tripulantes, con excepción de uno.

*

Escribí las líneas anteriores en 1999, cuando ocupé la cátedra "Rosario Castellanos" en la Universidad Hebrea de Jerusalem. Regresé a la misma ciudad en marzo del 2017. Emprendí mi *retorno maléfico* sin heridas mortales en el cuerpo, las justas en el alma. Los hoteles Petra y New Imperial se han fusionado bajo el nombre New Imperial Hotel y ahora se trata de uno de los que llaman pedantemente hotel boutique. Penetro en él cuando la ciudad despierta. Nadie en la recepción. Nadie en los pasillos. En el libro de visitantes escribo: *Herman Melville was here*. Firma: *Call me Ishmael*: reconstrucción metafórica del viaje de Herman a una ciudad inagotable, construida cada día por quienes hemos tenido el privilegio de sentirnos suyos.

Cuando Melville regresó a Nueva York en mayo de ese 1857, estaba en el año 37 de su edad, los mismos que tenía Rimbaud cuando dejó este mundo para siempre, dos meses después de Melville, que publicó todavía una novela más, *The Confidence-Man*, para hundirse después en un largo silencio. Murió el 28 de septiembre de 1891, a los 72 años. Una de las escasas notas necrológicas que sobre él aparecieron en los diarios decía elocuentemente: "Muerte de un autor alguna vez famoso". Dejó una novela inédita. *Billy Budd*, con la cual seguimos conversando y con la que cada día sigue cumpliendo años, como cada agosto en que vuelve a nacer. Lo revivimos y somos más nosotros al leerlo.

Tlacopac San Ángel, primavera del 2018

HE ADIVINADO ESTA CIUDAD en la palabra.
Sentido su pulsación y su leyenda.
Todas las fantasías eran verdades,
mas su piel de reptil era de oveja.

La palabra en plural y la palabra sola
son una diferencia. Las que forjamos
para la vida diaria nos hermanan.
O nos hacen rivales para siempre.

Nuestros ojos y nuestra sed
hacen de lo soñado realidades:
no hay engaño. Esto que vemos

es lo que ha sido y será
aunque ya no estemos, cuando el mundo
siga girando sin nosotros.

NADA PUEDE ESTAR MUERTO. Ni la muerte.
La memoria respira más allá del tiempo
cedido a cada animal en su aventura,
a cada mata perdida, a cada grano.

Esqueleto tendido es el desierto
pero una piel de leona entre las dunas
dice que ese polvo
al polvo se regresa
para volverse carne de los otros.
Noche que se derrama sobre el día.
Actuación estelar en el desierto.
Respiran otros reinos en la altura.

Le dicen el Mar Muerto. Pero late la vida
en cada gota. No la azarosa vida de ballenas
que hacen de los océanos su alimento.
Hierve la sal en cada herida
y por ellas sabemos que vivimos.

LOS CIPRESES acendran su perfume,
mayor que el de la muerte.
Este Dios es el más próximo a mi vida.
Con él he crecido
más allá de la edad que siempre tuvo,
y está en un crucifijo de madera
del Monte de los Olivos
que todo lo preside.

Suena la oración del Muecín
al tiempo que las campanas
de iglesias cristianas
lo acompañan y lo enfrentan
junto a rezos del muro occidental.

Comienza a guardarse la ciudad. Las murallas
lucen mejor sus puertas, levantadas
para aguantar empujes de los bárbaros.
¿Quiénes lo son realmente?
Los de adentro han sido los de afuera y viceversa.
Un solo enemigo
ha quedado dentro de la casa:
el espejo que nos dobla y nos enfrenta.

QUÉ EXTRAÑO OFICIO éste que sigue
luego de que los otros se han marchado.
Uno se queda para vestir fantasmas
y hacerles el traje a la medida.

Aprender su lección de transparencia, ser de aire,
manchar, cando se pueda, el expediente,
envilecernos más, glorificarnos
en el lodo triunfal de la belleza.

Labor de cada día, merecer lo que amamos,
respirar este aire, nuestra herencia,
hacer de cada minuto una obra de arte,
afinar los engranes más que siempre.

A ESTE VIEJO HOTEL todo le duele.
Aceitan sus goznes los fantasmas
de los niños perdidos de otras eras.
Vienen de todas las partes del planeta.
Lo llamamos la tierra
porque es lo más cercano a la querencia.
Son, como yo, la mayoría,
hombres de mar,
y no pertenecemos a este espacio.
El viejo hotel nació con la ciudad.
Sin nosotros se hunde
y se hundirá con nosotros.

TODOS SOMOS DE NUEVO, como el día.

La diaria ablución nos salva de nosotros,
de la criatura infecta que nos vive
y en lo oscuro se nutre de lo oscuro.

Victoria momentánea, brillo eterno
de ser por un instante vidrio, monte,
abierta ventana hacia el desierto.

Sucede en cada minuto un solo instante
en que lo somos todo. Y nos salvamos.

EL MERCADO ESTÁ ALLÍ, cambiante siempre.
Es un gran animal que me respira
y parece ignorarme. Soy con él
y él sin mí, pero recuerda,
en algún lugar de su memoria,
mis continuos afanes, mis sudores,
mi presuroso andar por sus pasillos,
en un instante del día poblado por mujeres,
cuyo nombre es Placer
y su apellido Agonía.
El laberinto del mercado
tiene todos los nombres de mi sed.

UN HOMBRE ALIMENTA a un perro de la calle.
No existe otro ser
más poderoso y noble en el planeta.
Ambos se alejan luego. El hombre a paso lento,
el perro en mansedumbre detrás suyo.
Es como Dios con su criatura.

MÁS QUE UNA CIUDAD, una adicción.
En tiempo presente conjugada,
tiene todas los huellas de la Historia:
espaldas abrasadas
por el sol del desierto,
o cruzadas por látigo enemigo.

En medio de un océano de azoteas
para todos fulgura el sol de la mezquita.

NO HAGAS NADA. Déjate estar.
La verdadera contemplación
nace de la renuncia.
Repasa cada saliente y cada curva
del edificio enfrente.
En una de sus habitaciones
fuiste un canalla
y cometiste un crimen en el nombre
de lo que en ese momento era sagrado.
Se fue como se borran las pasiones.
Sólo permanece el buen amor.
Pero deja un lugar y salva tus pecados:
pasiones en la carne y en el alma
también al destruirnos nos armaron.

TAMBIÉN EL DESIERTO es mar. También en sus arenas
hay tempestades súbitas, cóleras sin freno.
El desierto no olvida
que alguna vez fue mar.

SUEÑO DEL BALLENERO. Una montaña
cubierta enteramente por la nieve
emerge del fondo de los mares.
De blancura imposible, con su brillo
enfrenta al del sol y en su caricia
acendra su belleza desafiante.
Esto se parece al miedo. El mismo
experimentado por el hombre
que vio el cielo partido por el rayo
o presintió el colmillo de la bestia.

También se parece a la belleza.
Anoche soñé
que todos los días eran blancos
y aguardaban las letras cada día.
El desierto y la nada nos enfrentan
al enigma que nunca podremos descifrar.

NO SÉ SI LLEGARÉ a la edad que tiene mi alma.
En muy pocos años he vivido
la tempestad, el mar embravecido,
sus instantes de paz insoportables.
El beso de marineros no ha velado
los rostros del animal que somos,
del que con ellos soy.
Nace viejo el que escribe.
El tiempo afila en él sus armas, lo hace joven.

SUEÑO DEL BALLENERO.

Mazatlán. Una palabra con tres sílabas
y vocales nonatas
alteran para siempre el nombre de las cosas.
Desde la cima del cerro del Vigía
dos piedras enormes
lanzan reflejos en el agua.
Arriban gaviotas tijeretas,
arrojan su guano en los peñascos
convertidos en joyas a distancia,
bruñidas por el sol.
Una ballena blanca
ha de tapiar los sueños de los hombres.
En su insomnio serán como los dioses.

MAÑANA REGRESO
a mi lugar de origen
donde el tiempo es dinares
y enemigo del solo.
¿A qué parte del mundo nos debemos?
Nacido allá, ahora estoy aquí,
con todas las criaturas
respiro, escribo y como
en nombre propio.
Lo está haciendo por mí
el otro que soy en este espacio.

A Patricio Robles Gil

VERDADERAS SON MIS QUEJAS, mis tormentos,
mi abrasadora sed que no sacia
la agitación del alma, sus fiebres imprevistas.
Soy ahora. Mañana no estaré.
Estoy ahora. Tal vez seré mañana.
En algún lugar de este planeta,
a esta misma hora,
otra sangre ardiente
como aquella que fluye por tus venas
palpita en otra parte
y esa pequeña vida que se acaba
es la nuestra también.
Eres parte
del milagro incesante de la vida.
Entonces no es verdad lo que te duele.

Jeanne

A Sergio Ávalos Magaña

El primer y más antiguo retrato de Charles Baudelaire se encuentra en la placa que da testimonio de su nacimiento en la rue Hautefeuille, a punto de desembocar en el boulevard Saint-Germain. En ese lugar, corazón de la ciudad medieval, se levantó la casa donde el creador de la poesía moderna vino al mundo el 9 de abril de 1821. La urbe que lo vio nacer rinde homenaje continuo de su paso: hay en el cementerio de Montparnasse un gran cenotafio en su memoria, compensación por haber sido sepultado en el mismo lote de su despreciado padrastro; su escultura vigila el jardín de Luxemburgo; un hotel en la rue Sainte-Anne lleva su nombre. La antigua estación ferroviaria de Orsay, ahora transformada en museo, custodia sus imágenes: el pincel de Courbet lo muestra, como era deseo del poeta, solitario y concentrado en medio de la multitud; o en el retrato que de él hizo Fantin-Latour, cuando le quedaban al poeta cuatro años de vida. Allí nos mira, desde la altivez de su genio, prematuramente envejecido, con el supremo conocimiento de que el tiempo, supremo enemigo, era todo suyo.

Pero el gran retrato de Baudelaire es la ciudad de París, que él se encargó de explorar en cada rincón, hacer entrar por la puerta grande de la poesía y provocar ese nuevo calosfrío,

siempre nuevo e ignoto, advertido desde un principio por Victor Hugo y que aun nos sigue helando la sangre con su poderío verbal y su inefable arquitectura. En su "Himno a la belleza", Baudelaire escribió:

> De Satán o de Dios, ¿qué importa? Ángel o Sirena,
> ¿qué importa, si haces, hada con ojos de terciopelo,
> ritmo, perfume, esplendor, oh, mi única reina,
> menos odioso el Universo, menos pesados los instantes?

Por el peso de sus palabras y la correspondencia entre vida y escritura, Baudelaire pertenece al escaso número de poetas que continuarán brillando mientras otros astros, que en su momento parecían de primera magnitud, se extinguen con el transcurso de los años.

Contemporáneo estricto del nacimiento de la fotografía, fue retratado por todos los grandes artistas de su tiempo. Gracias al testimonio sin maquillaje de los inicios fotográficos, donde el modelo formaba parte integral de la obra de arte, Baudelaire nos mira en su evolución cronológica: Étienne Carjat y Gaspard-Felix Nadar lo registraron con sus célebres y originales batones, donde demostraba que el dandi no sólo es el que se arma con todos los recursos de la civilización, sino quien crea su propia moda y estilo: "el dandi debe vivir y dormir frente al espejo", proclamaba, para defender el imperio del artificio sobre la naturalidad.

Cuando decide conquistar la gloria, Baudelaire pone la pluma al servicio de su joven generación. Al hacer el retrato

de los otros, hace el propio. De tal manera, publicó sus *Conseils aux jeunes littérateurs* el 15 de abril de 1846 en la revista *L'Esprit public*. El poeta contaba con 25 años de edad y ocupaba febrilmente las páginas de los periódicos con sus revolucionarias críticas de arte. Ya había descubierto la obra de Edgar Allan Poe, su alma gemela; había conocido a la mulata Jeanne Duval, la mujer de su vida, y comenzaba a escribir los poemas que habrían de constituir su obra maestra. El joven autor se hallaba en plena etapa de dandismo, entendido no como una elegancia superficial e inmediata, sino como una forma de ser que opone el individuo a la familia, la belleza al utilitarismo, la libertad a la obligación. Por eso la violencia de sus palabras. Bajo su aparente cinismo hay un profundo conocimiento de la naturaleza humana y la obligación suprema del artista: defender la belleza y la manera de procurarla, por encima de todos sus enemigos, y particularmente de aquel que se gesta en nuestro propio conformismo.

Baudelaire fue un gran dibujante, pero también acudió a la palabra para hablar de los más próximos a su sensibilidad. En 1861 escribió sobre sus cofrades varios artículos en la *Revue fantaisiste*. Su intención era reunirlos en un libro bajo el título *Réflexions sur quelques-uns de mes contemporains*, con textos sobre Victor Hugo, Marceline Desbordes-Valmore, Auguste Barbier, Théophile Gautier, Pétrus Borel, Gustave Le Vavasseur, Théodore de Banville, Pierre DuPont, Leconte de Lisle, Hégésippe Moreau, es decir, su propia galería de *raros*, para acudir a la definición de Rubén Darío. Muchos no han trascendido el paso del tiempo, pero de todos expresó Baude-

laire su certero juicio crítico antes que una admiración estéril. De los retratados, además de Victor Hugo, en Théophile Gautier (1811-1872), una década mayor que él, encontraba un alma gemela. Así lo demuestra la elocuente dedicatoria desde la primera edición, en 1857, de *Les Fleurs du Mal*:

Al
Poeta impecable
Al perfecto mago de las letras francesas
A mi muy querido y muy venerado
Maestro y amigo
Théophile Gautier
Con los sentimientos
de la más profunda humildad
Dedico estas flores enfermizas
C.B.

¿Quién era el merecedor de tan elogiosa y bella dedicatoria, en el libro fundamental de los tiempos modernos? Vamos en busca de Gautier gracias a Baudelaire, como lo hacemos con los pasos de Lope de Rueda a raíz de que Cervantes en el prólogo a sus *Entremeses* expresa por él su admiración. En nuestro mexicano domicilio, el primer número de *Revista Moderna* del 1 de julio de 1898, da sitio de honor a Gautier al publicar su poema "El arte", en versión de Balbino Dávalos:

Sí; la obra es más radiante
si el pulimento es terso:

diamante,
mármol, esmalte, verso.

Cincela, esculpe, lima;
Que tu flotante ensueño
imprima
su poderoso empeño.

El arte por el arte. Como certeramente afirma Robert Kanters, "no se trata de hacer de la estética la categoría suprema de la vida moral, sino simplemente de considerar al arte como el medio supremo de acceso a la verdad". Baudelaire fue un paso más allá de la perfección verbal de Gautier para practicar la alquimia que le permitiría la transformación del lodo en oro, del miasma en elevación, del torpe andar del albatros en tierra a la conquista del espacio por medio de sus alas. En su decisivo ensayo "L'art romantique", Baudelaire había dejado clara su postura ante la aportación de Gautier:

> Manejar sabiamente una lengua es practicar una especie de hechicería evocatoria. Entonces el color habla, como una voz profunda y vibrante; los monumentos se yerguen y resaltan sobre el espacio profundo; los animales y las plantas, representantes de la fealdad y del mal, articulan su mueca inequívoca; el perfume provoca el pensamiento y el recuerdo correspondientes; la pasión murmura o ruge su habla eternamente semejante. En el estilo de Théophile Gautier, hay una justeza que encanta, que asombra y que hace pensar en esos milagros

producidos en el juego por una profunda ciencia matemática. Recuerdo que siendo yo muy joven, cuando saboreaba por primera vez las obras de nuestro Poeta, la sensación del toque justo, del golpe directo me hacía estremecer, y la admiración engendraba en mí una especie de convulsión nerviosa. Poco a poco me acostumbré a la perfección, y me abandoné al movimiento de ese hermoso estilo, onduloso y brillante, como un hombre montado en un caballo seguro que le permite la meditación, o a bordo de un navío lo bastante sólido para desafiar los temporales no previstos por la brújula, y que puede contemplar a gusto los magníficos decorados desprovistos de error que la naturaleza construye en sus horas de genio. Gracias a esas facultades innatas, tan preciosamente cultivadas, Gautier ha podido a menudo (todos lo hemos visto) sentarse a una mesa corriente, en el despacho de un periódico, e improvisar cualquier cosa, crítica o novela, con el carácter de algo irreprochablemente terminado, y que al día siguiente provocaba en los lectores tanto placer como estupor había producido en los compositores de la imprenta la rapidez de la ejecución y la belleza de lo escrito. Esta presteza para resolver todo problema de estilo y de composición hace pensar en la severa máxima que una vez dejó caer ante mí en el curso de la conversación, y de la que él se ha hecho sin duda un constante deber: "Todo hombre, al que una idea, por sutil e imprevista que se la suponga, torna en falta, no es un escritor. Lo inexpresable no existe".

Baudelaire perteneció a la estirpe de los poetas pintores. Si supo retratar a sus contemporáneos a través de la palabra, también lo hizo en dibujos cuya rapidez de trazo recuerda a la de su admirado Constantin Guys. Sus retratos y autorretratos más elaborados evocan los de su amigo Édouard Manet. El que nos ha dejado de Jeanne Duval es extraordinario. Nadie sabe cómo terminaron sus días. Nadar confiesa haberla visto de muletas. Acaso, aventura Camille Mauclair, fue una de las muertas durante los días de la Comuna y acabó en la fosa común. Baudelaire la dibuja en la plenitud de su belleza y sensualidad. En busca de la víctima por devorar. A cambio, escribió en su nombre uno de los poemas para todos los tiempos: *Un hémisphère dans une chevelure*. La retratada, más allá de sus rasgos físicos y su existencia en la tierra, adquiere la inmortalidad que sólo otorga el arte. Por esa razón siempre agradeceremos la existencia de Jeanne Duval en la vida del poeta. Las siguientes son palabras que pudieron ser cruzadas entre los dos amantes.

EL MUNDO está erecto por mi causa.
Orgullo de ser hembra,
de hacer que hasta las plantas
se pongan de pie cuando yo paso.

Imposible no mirarme. Más difícil aún
mirarme una vez y no volver a hacerlo.
Todos los hombres me han tocado
con los ojos sedientos, con su oído
al beber mis tacones,
mi ritmo, mis compases.

También sé de arideces y desiertos.
Yo quiero que me toquen
como si el que me toca
me modelara nueva,
criatura para la tierra y el infierno.

A través de esa pócima hechicera
se funda otra vez el paraíso.

EL CIELO es absoluto,
más pleno que el mar.
Se mira en ese espejo.
Sabe brillar el mar en la bahía,
ofrecer sus azules, sus azores,
azorar al ingenuo, despertar a las vírgenes.
Pule su escudo el mar, como si fuera
armadura de un guerrero en sueño,
dispuesto a despertar para el combate.

TUS MUSLOS no me dejan.
Trato de no pensar en ellos y regresan
como si se afanaran
en ser olas de este mar en calma.

Brillan siempre tus muslos,
eternamente jóvenes y elásticos,
delfines en pubertad naciente,
celosos de ser contigo en tierra.
Te desplazas con ellos
ajena a los desastres que provocas,
la interminable guerra que desatas,
la sed nunca saciada de los tactos.

YO TE ELEGÍ como centro del mundo
pero esa elección
estuvo más allá de mi conciencia.
Loco estaré por tu cintura,
por tus muslos y su brillo,
por ese chorro de hermosura
que viertes en la cama.

TODA LA TARDE he llorado por tu ausencia,
amigo al que cosí
tan dentro de mi entraña.
Navíos se destrozaron contra piedras,
como si nada le hubieran dado al mar.

Nadie ha clamado por ti como esta leona,
feroz de nacimiento.
En mí se conjuraron las ausencias,
hicieron de cada verbo su sustancia.

Pero el tiempo, sabio supremo,
escribe en mi lienzo lentamente:
"Bienaventurados los que aman,
porque tienen un reino
jamás concedido a los amados.
Bienaventurados los ciegos,
porque suyos serán paisajes
no mirados por ojos
que ven y no contemplan".

No he llorado por ti.
He llorado por mí, y con mis lágrimas
he lavado mi alma.

Tú no la mereces. Yo he merecido
vivir con esta pena
que ahora es mi orgullo y mi cayado.
Nada sino yo puede matarme.

TODO ES INVENCIBLE y nuevo.
Recién llovidas, las baldosas
son el espejo de la iglesia,
tejen mejor la sinfonía de piedra,
dejan que sus agujas
lleguen al cielo más ligeras.

Durante la noche afilaron espadas
los sueños de los héroes,
la catedral nimbó su lomo
para sentir mejor
la carga de la primera lluvia.

Dentro de la cama, en tu sueño se acendra
la segunda persona. Todo te pertenece.
Almendra pulida, inmune al tiempo,
tu cuerpo no necesita otro adjetivo.

Despierta contigo la ciudad.
Perfeccionada como ella a través de los siglos,
tu hermosa carne empieza
a desatar las vidas, a entrelazar caminos.
Tu corazón, sereno,
intenta conjurar a la tormenta.

Encuentros

Variaciones para un ángel atado

A Tita Valencia

Esto va a doler. Viene con todos sus filos y sus piedras. Sus arcos memorables son la ruina. El ángel se va como llegó y no hay redes capaces de guardarlo.

*

Ya no ser con el ángel no es pecado. Pero sí dolor.

*

Los ángeles son la caballería de Dios. Desmontar a la yegua deslumbrante que nos hizo sabernos paraíso no es tarea de minutos. La eternidad vivida en esa grupa es preciso pagarla con largueza.

*

¿Qué es el corazón? ¿Qué es la cosa? Hacer del tacto una pasión sin cura que en cada nueva caricia intenta guardar las alas para siempre.

*

El corazón no está desviado. Tan absorto en sí mismo, tan pendiente en sus riesgos, no sabe mirar sino con la venda impuesta por el ángel.

*

No aceptes el agua cuando más sed tengas. Y menos la pidas. Su transparencia –que ya no es verdadera– inundará de sombras tu garganta. Ser vencido por el ángel no es indigno. Pero sí regresar por más derrotas.

*

Suelta las amarras y deja marcharse al ángel que te dio a conocer la libertad. Ahora te la exige. No tiene por qué gustarte. Pero vivirás mejor cuando lo aceptes.

*

Ahora ni la muerte se digna a dar la mano que nos ofrecía en noches de trapecio.

*

La aventura es más rápida y letal que la prudencia. Volteamos la cabeza: hemos cruzado de ida y vuelta el precipicio. Debajo no había red. Esperaban la muerte o el aplauso.

*

Habrá triunfos mayores en otros escenarios. Ahora hay que abandonar la ciudad con la vergüenza del que no se soporta en el espejo.

*

No es el otro el que duele, sino nosotros borrándonos en el otro: borrándonos del mundo.

*

¿Volver al de ayer? ¿Era mundo el anterior a ti, tú que ya no escuchas, tú que alzas, entre mi ansia y tu silencio, un muro de piedra que para mí es aún el agua, el aire, frontera violada a fuerza de ser hielo que arde?

*

No la llames, no la busques, no la toques: ya no es la que fue, como de nadie, tuya. No mires atrás en busca del presente. Toca la brasa viva de lo que sólo quema en ti: te llamas Orfeo pero ella es una Eurídice que no sabe más cómo seguirte. Perdió el plan de vuelo que creíste trazar en un nosotros invencible.

*

Observa cada mandamiento para salvar tu vida.

*

Un ángel más miserable y poderoso que tu dolor exige que le digas para qué sirven la escuadra y el compás y la armonía, elementos de una ciudad que miras desmoronarse sin remedio. No lo sabrás ahora, cuando más necesitas de su fuerza: un ángel que no conoces te construye.

*

Discurso en el cual cada significante paga su peso en oro y lo traduce al reino inagotable de los significados. Palabras que codifican lo que sólo un binomio conjuga sin necesidad de partitura. Princesa, Corazón, Sirena, Abismo. Brutales metáforas que hacen de la carne íntima un campo de batalla donde nadie pierde. Si las pronuncias ahora, cada victoria te cobrará la herida que no sentiste cuando eras inmortal.

*

Apuesta lo que no tienes a las jacarandas. A su floración puntual, efímera e intensa, dedica tu mirada. Ocupan el pentagrama del aire y con su actuación anual justifican los trabajos vividos para atestiguar semejante epifanía. Eficacia de la belleza, fe en una reincidencia salvadora e iluminadora: dile a marzo que no se vaya todavía para que las jacarandas retrasen

su estallido y al hacerlo instauren su reino amenazado. Te salvarás, al menos por instantes, del naufragio mayor: el vivido cuando hemos dejado de ser uno en el otro.

*

Lo vivido transformado en ejemplar, la confesión en inevitabilidad. No el *yo sufro* sino el *así sufre el que ama*.

*

Ejercicio del agua que arde. Así define Jorge Esquinca la indefinible poesía. Agua ardiente, transparencia que corta.

*

Agua fría da energía. Agua ardiente mata a la gente. Es el jinete el que habla. Es el amor quien exige ambos atributos para sí.

*

La fortuna del amor es que no se cura. La desgracia del amor es que se cura.

*

El corazón no tiene radar. Tampoco remedio.

*

Se recomienda al enfermo a punto de perderse, que escriba en medio del naufragio. Que haga la crónica de los días vividos, del presente perfecto, insoportable, que otorga a los obsesos. El enamorado, loco supremo, es incapaz. Pídele todo, menos que no muera.

*

Escribe para no olvidar pero también para exorcizar los fantasmas que te desgarraron y nos desgarran cuando las letras son cómplices del alma. Nombres, lugares, situaciones, para que la historia parezca real. Para que vuelva a ser real. Que la experiencia individual se transforme en símbolo. Eloísa reencarna para reclamar a Abelardo su falta de fe en la pasión. Verbo recortado, cañón de la escopeta. Fusilamientos súbitos. Iluminación y fin del condenado.

*

Lo malo del amor es que no acaba. Lo bueno del amor es que se acaba. El amor nos acaba. Doblemente.

*

El consuelo de quien entra en el laberinto es que siempre vive en el presente, como el conjunto de notas del condenado a su

propia temporada en el infierno. Una sola criatura destruye lo que más ama: el Amor y sus caprichos. El Amor todo lo sabe, menos de signos cardinales.

*

Maldita la Juana que se salva de la hoguera, dice Tita Valencia. Tesis impecable e implacable que hace eco a unas palabras de David Bowie: *el amor sólo desciende sobre los inocentes*. El inocente no es débil: es el guerrero dispuesto a soportar nuevos dolores. Pobre del que ama, pero más pobre aún el que no ama. Pobre del que apuesta todas sus cartas al conocimiento del ser superior que se es al ser en otro. Pero más pobre aún el que no se atreve.

*

Desciende al corazón de las tinieblas, recupera la luz como un bien no apreciado por aquellos que transcurren su vida en la ceguera. No hay garantía para escapar del laberinto. Al armar los fragmentos de la pasión, alivia la herida que no cierra y vuelve a entonar el canto enamorado: el de la voz que en la ocupación del aire, en su respiración agonizante, comprueba que estás más vivo que nunca. Sé valiente y doloroso: nadie te está mirando pero eres la primera criatura del planeta. Porque te estás muriendo.

Lyceum Theatre

A Roberto Coria

Entre la niebla aliada de espejismos
cada mañana surgen
las columnas venerables del Teatro Lyceum
donde Bram Stoker desempeñó
el más fiel y el más cruel de los oficios:
ser escribano del vampiro.
Sir Henry Irving lo obligaba,
entre otras mucha cosas,
a responder las cartas
de aquellos que al admirarlo
otra piedra agregaban
a su monumento y a su tumba.
Trabajo mercenario,
sólo a medias llenaba
a una mujer que nunca lo hizo suyo.

Mientras el sol aprieta y el verano
azuza manadas de turistas
vejados por un sol que niega a Londres
ser capital de la neblina,
dominio del invierno y del perpetuo frío,

el Teatro Lyceum, pintado en unos tonos
que hacen aparecer más andrajosa
su antes brillante arquitectura,
ve salir de sus antros multitudes
congregadas para ver *The Lion King*,
drama de nuestro tiempo que Bram,
con su gusto por todo lo distinto,
hubiera atesorado.
¿Los toca el teatro para siempre?
¿Cambia su vida asistir a un drama
donde está concentrado el sufrimiento
y el gozo de la especie?
¿Se dejan morder por ese enorme,
decisivo vampiro que es el teatro?

Lejos del presente insultante,
del futuro que habrá de demolerlo,
el viejo Lyceum despliega su velamen.
Buque fantasma, navegante
sólo para sus iniciados y sus sueños.

A LA LUZ DEL CABALLO

A Lucía Leyva

La etiqueta y el nombre del tequila
Caballito cerrero
dejan categórica constancia:
el animal de monte no tolera
herraje en sus pezuñas
ni apero en sus lisuras.

La tequila: hechicera peligrosa
que aleja a los hombres de la casa
y les da el despeñadero,
moneda del oro más blasfemo.
Por eso debía llamarse
Caballa cerrera.

La yegua siempre huele al que la monta.
Quien al jalar la rienda le suplica
que obedezca el mandato.
No hay servidumbre:
el que tiene una yegua
es poseído por la yegua.

*

No hay adjetivo para ella.
Un solo sustantivo, amplificado:
le dicen La Yegüísima.

*

Más alta que todas las murallas,
bandera apretada y tremolante,
clarín en la batalla
y la batalla misma.
Nunca tan yegua como entonces,
cuando agudos tacones la agigantan
y la hermanan al viento y a la carne.

Encuentro

A Jorge Libster

La imagen fue tomada
en el café Dorrego, plaza del mismo nombre,
epicentro del barrio de San Telmo,
donde el corazón de Buenos Aires
latió por vez primera.
Ninguno de sus dos protagonistas advirtió,
por fortuna, al indiscreto:
sorpresivo milagro de su caja negra.
La mesa, de tan breve,
apenas admite las dos copas
–una vacía, la otra demediada–
y es mínima frontera de los cuerpos.
El piso es a cuadros
pues ambos son las piezas
de un ajedrez por varios intentado.

Como todos, se han equivocado,
han enfrentado el brillo de otros soles
y han sido frecuentes habitantes
de la isla llamada Plenitud.

El de la izquierda se arma de un bastón
para el combate diario
en contra de las sombras
y el traje es otra forma de armadura.
El de la derecha jamás usa corbata:
sólo el bigote y los anteojos interrumpen
su permanente duelo.
Se sujeta a la mesa,
su tabla en el naufragio.
Delgado y pulcro,
morirá con su cuerpo de muchacho
y la vena acentuada de su cráneo.

Hace tiempo no hablan pues aquellos
practicantes del mismo terco oficio
no pueden comulgar a todas horas.
Qué se habrán dicho,
cómo habrá sido su reencuentro.
Ambos se hablan en tercera persona
y por el apellido
con que son abordados en la calle.
Cuando niños,
uno descubrió en el zoológico la simetría del tigre
y junto con Blake domesticó la furia
en la invisible cárcel de los verbos.
El segundo tempranamente supo
del alma y sus tinieblas:
ese negro perfume poderoso
como en la Plaza Francia los ombúes.

Doce años los separan.
Uno llegará al fin de sus días lleno de gloria,
con la paz destinada a los dormidos.
El otro, casi centenario,
se hundirá con fantasmas y conjuros.

En la fotografía habla el silencio.
En ella susurran para siempre
las voces de Borges y de Sábato.

En el vecino parque Lezama
se desprenden las hojas del otoño,
ruedan bicicletas, gritan niños,
abre un libro una muchacha
y los ojos del mundo reconocen
la pertinaz y cíclica belleza.

Delta del Tigre

El delta del Tigre tiene la huella
de las cenizas de Roberto Arlt
camino a un río que conduce
todas las sílabas abiertas y dice su nombre
con la válvula expuesta: "Paraná".

El delta del Tigre es la última imagen
que Leopoldo Lugones tuvo
antes de beber un whisky
(el cianuro lo adicionó él,
para acelerar
la lenta muerte rubia de la malta).

El delta es el pubis del que nace todo.

De mulieribus tractatus

A Eusebio Ruvalcaba, en su vuelo

La triplemente extranjera –por patria, religión y lengua– es huracán dormido en caja de sándalo. Sus tacones, su atuendo, su ansia de saber actúan con donaire y empuje prohibidos en la mezquita o en las calles de la antigua Medina, sofocados por un cerco de siglos. Sus sentidos, tres veces entrenados, convierten sus acciones más nimias en rebelión que hace del instante fugaz una apuesta a lo eterno. Puede beberse todo el aire o dar al que ama el aire que nunca había tenido. La triplemente extranjera es un volcán. Impredecible. Imprescindible. Que cruce tu camino y te atraviese el alma.

*

No hay despedida. El parque astroso, el aceite que espesa la suciedad de sus engranes, el andén oxidado, el aeropuerto sórdido no vestirán de gala sus fantasmas. Llegarán en tropel, vulgares y sin ritos. Queda la herida y abre cuando debe. También ha de cerrar, si es su mandato. Cuando su tiempo llegue.

*

La Bella nunca será bestia. Dentro de la más innoble y velluda y repugnante de las bestias, la Bella palpita con luz tan poderosa que te ciega. La Bella siempre será bella, aunque sea bestia. Nada la despojará de su mayúscula. Ni tu propio dolor, tan sin sentido.

*

Te espera un río de oro y bronce. Un río que al amanecer será como el arco de esa espalda donde todo lo apostaste a perder. Para ganar el infierno en el que vives. Ese río es tuyo y no lo sabes. Pasará junto a ti y no sabrás su nombre. Pasará junto a ti y te dirá tu nombre. El que tendrás mañana.

*

No digas mi mujer ni mi ciudad. Eres tú quien es suyo. De seda es la grupa de la yegua. De seda el cabello de otros seres que te ofrecen las alas o el abismo. Todo lo que muerde marca. Todo lo que muerde salva. La ciudad es de seda y no lo sabe. Escríbela e inscríbela. Su talle exige letras que habrás de forjar cada minuto. Si no aceptas el riesgo, no te atrevas. Si no vas a vivirte, no la vivas.

Salvación

A Julio Botton, en su cumpleaños

Yo soy la niña de esa foto.
La dama que me sostiene me ayuda a caminar.
Sus caderas, más vastas que este mundo,
tan generosas como brazos del hombre
que a su espalda
escribe Libertad con letra grande.
Tengo el ceño fruncido y todo, seguramente, me molesta.
Sólo ahora, al contemplar la imagen,
recupero fragmentos de esa foto
dos veces revelada en la memoria.
Día 13 de abril de 1945.
La primavera era inminente
en todos los árboles del bosque,
y un vendaval de acero estremecido
pintaba de gris a negro el escenario.
No soy sobreviente. Soy viviente.
Respiro un nuevo siglo
y agradezco dos veces este aire
que a punto estuve de ya no conocer.
Gracias demos a Dios por este día.

Diario de Villa Diodati

Ginebra, Suiza, 31 de mayo de 1816

Soy la Casa del lago. No la casa en el lago. La primera preposición me otorga no sólo una sensación de pertenencia sino la certidumbre de ser con el lago y el lago, conmigo. De no existir el uno sin el otro. Haberme construido en sus orillas hace que me refleje en el agua y sea punto de referencia en el camino. Frente a mí, uno de los paisajes más bellos de la tierra, según dicen unánimemente propios y ajenos: las cimas nevadas, los rayos del sol filtrados a través de los árboles que no acaban de estar en flor y un cielo cuya plenitud es igual a la del lago. Al fondo, la ciudad coronada de torres y campanas. Así somos las casas. Creadas por los hombres, con la misión de protegerlos, aunque no nos es dado salvarlos de ellos mismos.

1 de junio de 1816

Tengo un siglo de existir en este enclave. Una casa tiene los sentidos más alertas que sus habitantes: acumula, provoca y estimula sueños. Historias minúsculas y mayúsculas han sido vividas y contadas entre mis paredes. Cada uno de los materiales que me integran –ladrillos, maderas, vidrios, molduras,

yesería– guardan nombres, humores y sonidos. Cuatro pisos me forman, incluidas las habitaciones más estrechas y bajas de las mansardas, donde mejor se refugian los fantasmas. Una terraza cuyo lujo mayor es el paisaje sin obstáculos, aunque cada una de las ventanas que miran hacia el lago le otorguen un marco de modo natural. Soportales al frente, los mejores amigos del verano, me convierten en una casa que al merecer el nombre de villa, hace de la vida una ocupación estética, más perdurable que la idea práctica de habitar el mundo. Fui construida para que cada día brille como el primero, para hacer del descanso una necesidad y un hábito.

He escuchado a los sucesivos pobladores de esta casa decir que a fines del siglo XVIII nació un monstruo que asoló Europa, la transformó y la sigue transformando. Situada en un cruce de caminos, cerca de las fronteras establecidas por los hombres en dominios que llaman países, desde los primeros años de esta centuria he visto pasar uniformes de todas las formas y texturas. Soldados de hábitos brutales y lenguaje soez ocuparon impúdicamente mis habitaciones. Supe de sus concupiscencias y malos hábitos, pero también fui testigo de actos de heroísmo: los húsares que salían con uniformes flamantes, su casco de piel de oso y su cabello perfumado, regresaban desnudos de ornatos, con el cuerpo destrozado y en busca de la elemental curación de sus heridas. En mis habitaciones algunos guerreros exhalaron su último aliento. Otros velaron sus armas. Con oraciones y silencio templaron sus aceros como antes lo hicieron en la fragua.

5 de junio de 1816

Hoy llegaron a Villa Diodati nuevos habitantes. Un carruaje de dimensiones mayores a las habituales, con una gran "B" pintada en su exterior. Un ejército de animales saltó, libre y espontáneo, en cuanto se abrieron las puertas del vehículo. Al final descendieron, ayudados por tres sirvientes que los acompañaban, un joven de belleza extraordinaria y otro joven, igualmente atractivo, cuya piel aceitunada revelaba su ascendencia latina. El primero era tan bello como un ángel. Cuando puso pie en tierra, un detalle lo devolvió al reino de los hombres: cojeaba ostensiblemente de una de sus piernas. Sin embargo, más que su hermosura física, lo que desde el primer instante me cautivó en él fue que al acariciar con fruición auténtica a uno de los perros que con él llegaron, repetía, como si fuera un oración: "belleza sin vanidad, fuerza sin insolencia, valor sin ferocidad, y todas las virtudes humanas sin ninguno de sus vicios".

6 de junio de 1816

Los secretos de alcoba se conocen, decantan y descifran en la cocina. Más que el estómago, la cocina es el verdadero corazón de la casa, no sólo porque en ella arde el fuego que elementalmente nos nutre. Por los sirvientes, vitales para mantenerme limpia y ordenada, me he enterado de la personalidad de su joven señor. Es el sexto barón Byron de una larga dinastía,

y de la miseria pasó a convertirse en heredero de una gran fortuna. Antes que nada es poeta, pero se vanagloria de haber probado todos los elíxires y haber violentado todas las reglas concebidas por la humanidad para no desbordar sus pasiones. Justamente es lo que los sirvientes en él temen, pero en él más admiran. ¿Quién no guarda, en el fondo, una enorme simpatía por el diablo?

8 de junio de 1816

Definitivamente, el nuevo habitante de la casa es diferente de los otros. Ha llenado mis espacios con obras de arte, como si fuera a permanecer en Villa Diodati no sólo durante el verano, como hacen otros elegantes, sino los días que le resten de vida. Pero él siempre es así, dicen sus súbditos, a los que trata con desprecio o deferencia. De tal manera, yo como casa me he amoldado a sus costumbres. Cada hora del día tiene el espíritu de cambio de las estaciones. Entre todos sus rituales –la hora del almuerzo o la llegada del crepúsculo– mis preferidos son los instantes en que lord Byron sale a la terraza y sentado a la mesa, instalada allí con el propósito exclusivo de ser aliada de la escritura, el poeta trabaja. Da gusto verlo, poseído, melancólico, colérico o alegre, sádico y cruel, pero siempre, en esas horas sólo suyas, en las que no admite interrupción, trabajando con la dedicación con que lo hace un labriego. Hoy fue el turno de la peregrinación de su héroe por Venecia.

10 de junio de 1816

Día de gran actividad en Villa Diodati. *Los Shelley*, anunció ceremoniosamente el mozo suizo cuando la joven pareja entró en mí. Lord Byron se apresuró a darles la bienvenida, sobre todo a él, a quien llamo campeón del ateísmo y lo celebró por ser autor de los versos de Queen Mab. Tuvo incluso la gentileza de repetirle unos versos de memoria. La pareja es joven y bella, pero en honor a la verdad él, de nombre Percy, es más hermoso que ella. Sin embargo, hay en ella –se llama Mary– una belleza adicional. Mientras lord Byron tomaba al otro poeta por el brazo y no dejaba de manifestarle su entusiasmo por haberlo conocido, Mary salió a caminar por los alrededores y se sentó en la banca más próxima, donde se puede disfrutar de la visión del lago, el mejor lugar donde un caminante puede compartir esa riqueza. Me admiró verla tan inmóvil y en paz, tan atenta a todo. Lo que para los otros es nada.

11 de junio de 1816

Estamos en el mes de mayo pero el verano ha tardado más de lo habitual. De todas maneras esto es una forma del paraíso.

12 de junio de 1816

El otro habitante de la casa es también digno de ser tomado en cuenta. He retrasado su descripción porque me resultaba más

misterioso que el poeta, tal vez por su reserva y su manera de estar sin estar, aunque su deseo más hondo es estar donde se encuentra el gran poeta. Inquietante la manera en que Byron lo mira. No con ojos de ave de rapiña. Sino con la mirada de un ser que sabe moverse peligrosamente entre los hombres. Con ojos que pudieran ser los de un vampiro.

15 de junio de 1816

Amaneció nublado y gris y no ha dejado de llover toda la mañana. Cualquier paisaje idílico se convierte en siniestro cuando lo invaden brumas, lluvia y frío. Hoy el cielo está de mal humor y lanza sus truenos para descargar su furia en los mortales.

17 de junio de 1816

Algo fundamental, distinto y perdurable ha sucedido esta noche entre estos muros. Algo que no había pasado antes ni me había sucedido como ahora. Los dolores del alma son semejantes a los del cuerpo. Ambos se curan con el tiempo pero cuando atacan se asemejan a la eternidad. He sido testigo de partos donde los hombres nacen en medio de los alaridos de sus madres, que en ellos los celebran y padecen. Mary y John William se retiraron a sus cuartos dispuestos a cumplir con la tarea impuesta por lord Byron. De ambos aprendí que exis-

ten otras formas de dar a luz a una creatura que nunca había existido. Mary tomó la pluma mientras la tempestad azotaba las ventanas de su cuarto, y escribió a la luz de la vela: "Quiero escribir una historia que hable de los misteriosos temores de nuestra naturaleza, crear un horror que haga que el lector sienta miedo de voltear la cabeza, que hiele su sangre y acelere los latidos de su corazón".

20 de junio de 1816

Éste es el paraíso y aquí ha nacido el monstruo. ¿Suena extraño? Luzbel lleva en su nombre el mayor esplendor y altura de los ángeles. Como yo, el monstruo concebido por la imaginación de Mary no puede hablar. Pero sí sentir. Sólo en el Paraíso puede nacer el ángel caído. De alguna parte hay que caer. Villa Diodati. En mi nombre está la fama: dado por Dios.

Habla Lord Byron

Nos llaman el monstruo. Aunque seamos hermosos, monstruos somos aquellos que nos salimos de la norma, los que aspiramos a la eternidad y a la grandeza. Antes de instalarme en Villa Diodati quise conocer el campo de batalla de Waterloo, donde aún estaban humeantes las bocas de los cañones de la batalla que echó definitivamente por tierra los sueños de Napoleón Bonaparte. Si la Bestia, como sus enemigos lo rebautizaron, llevaba consigo todo lo necesario para que la vida en campaña fuera como estar en casa, yo viajo con un carruaje lleno de todo lo que hace de cada día de la semana una obra de arte. Viajo, por supuesto, en compañía de mis animales que sólo por convención llamamos irracionales: reúnen todas las virtudes humanas y ninguno de sus defectos.

Yo, George Gordon Lord Byron, señor de la primera persona, amigo de Satán y retador del cielo, voy a vivir para siempre. Como otros grandes, puedo arrasar, conquistar, pasar por encima de todas las convenciones de la especie humana. Ir más allá de los versos que me justifican. Acabar con la vida para ser digno de ella y hacerla un proyecto verdaderamente hermoso, alto e invencible.

Aunque la derrota napoleónica fue obra de mis coterráneos ingleses, no por ello me resultan dignos de admiración. Los detesto por su hipocresía, su falso pudor, su fata de agallas

para llevar a cabo –o asumirlas– todas las trasgresiones de las que me envanezco: nadar en mar abierto, cometer incesto y adulterio, vivir en una abadía abandonada por los hombres pero poblada por fantasmas, donde bebía de una copa hecha con la calavera de un humano. Comer sólo lo necesario para subsistir en el planeta.

Me confieso ególatra y soberbio. No puedo y no debo ser de otra manera. Si los señores de la guerra no tuvieron prejuicios, tampoco debe tenerlos quien en otro terreno quiere cambiar la vida. Mientras escribí los excesos y absurdos que han deformado el gusto del público, me han aplaudido como un eco; hoy, en cambio, cuando en los últimos tres o cuatro años he dado a luz cosas que no se deberían "dejar morir" (como dice Milton), toda la piara ronca y gruñe y se revuelca en sus inmundicias. Sin embargo, es justo que yo deba expiar mi culpa por haberlos corrompido, puesto que nadie más ha contribuido más que yo, con mis primeras obras, a producir aquel sueño exagerado y falso.

Ginebra. Sus cuarenta mil habitantes deben estar felices de verse libres de la dominación francesa. Sin embargo, el único periódico de esta ciudad insignificante, la *Gazette de Lausanne*, dedicó un renglón a mi presencia en esta ciudad cuado debía enorgullecerse de que en ella se instalara el más importante poeta de este mundo. Suiza es un mezquino, egoísta y sucio país de brutos, situado en la región más romántica del mundo. No soporto a sus habitantes, y menos aún a sus turistas. No conozco ningún otro lugar con excepción del infierno donde me sentiría inclinado a convivir con ellos.

Los ingleses. Los detesto a todos, excepto a mis amigos los Shelley, particularmente a Percy, ese poeta en quien comprobé que el fuego reconoce al fuego. Alguien que concluye y lleva a la práctica la idea de que "los poetas son los legisladores desconocidos del mundo" debía ser mi hermano para siempre. El poeta debe arder como hoguera. Iluminar como ella o morir en el intento. Lo mismo su amante Mary, silenciosa como una piedra. Como las piedras, sabia y eterna. Cuando le pregunté por los motivos para haber escapado con Shelley, me respondió, luego de meditarlo, con cuatro palabras lentamente pronunciadas: "Amor, Juventud, Miedo y Valentía".

Este verano de 1816 ha sido, en el lago y sus alrededores, pródigo en tormentas. Imposible para los habitantes de Villa Diodati, como lo habíamos venido haciendo, salir a volar cometas y poner a prueba los experimentos que con la magia tangible de la electricidad llevábamos a cabo los nuevos hechiceros. La noche del 16 de junio, la energía de los elementos congregados en el cielo era tan intensa como aquella que en tierra concentrábamos los lectores de *Fantasmagoriana, ou Recueil d'histoires d'apparitions de spectres, revenants, fantômes, etc.*

Siempre proclive al desafío, propuse que los cofrades no sólo tembláramos ante historias ajenas, sino nos atreviéramos a intentar una nueva. Fue el miedo a no tener miedo el que me llevó a provocar en mis contertulios la ejecución de un ejercicio. Me gusta provocar, asustar, y mis amigos eran los imanes más proclives a ser los pararrayos de la gloria o la desgracia. Pequeño y modesto nunca lo he de ser. Nací para convulsionar al mundo, y debo ser fiel a ese mandato. Amo el amor, tanto

como amo la libertad, y a esa bendición maldita voy a ser fiel toda la existencia. Buscar en el otro la eternidad nunca saciada. Vampiro de la vida, voy a beber de su fuente hasta nunca saciarme.

No por eso soy lo que puede llamarse convencionalmente un hombre feliz. Quiero vivir así, en combustión permanente. Sólo el movimiento disipa, momentáneamente, la tortura mayor de haber nacido.

Ni el fragor de las batallas,
ni el torrente, ni la montaña,
ni el ventisquero, ni el bosque,
ni la nube, han aliviado
un solo instante el peso
que me oprime el corazón,
permitiéndome ahogar
el recuerdo de mí mismo en la majestad,
en el poder y en la gloria
de todo lo que me rodea.

El corazón. Escribo esta palabra y me estremezco. Todo está en el corazón y de él parte la vida y sus pasiones. Hay que rasgar la piel y vulnerar el alma, y que la impecable articulación de la palabra nos purifique. Lanzar un poema al mundo, procrear ese hijo desobediente y dejarlo caminar con sus propios medios, armar una bomba contra el tiempo que borrará los nombres de sus protagonistas. Nunca, la intensidad de sus pasiones.

El corazón de Shelley será la última parte de su cuerpo y la primera. Mi corazón latirá en otros pechos porque habré de morir de pie. Es de noche en Villa Diodati. Las nubes se reflejan en la tersura del lago y laten los corazones de los dormidos que mañana volverán a su plena existencia. ¿Plena existencia? El hombre es un miserable en la vigilia y un Dios cuando se entrega al sueño. Los corazones de varios de quienes aquí duermen latirán toda la vida. Al menos dos siglos y más allá del tiempo.

Cerro de las Campanas

(Querétaro, 19 de junio de 1867)

Los pájaros que inician la mañana
cantaron como nunca.
Hoy, último día de esta aventura,
asisto en otra forma
al diario nacimiento del mundo.
El pan que acompaña mi último alimento,
el vino bastardo
al lado de una pieza de pollo
preparada por manos doblemente piadosas.
Todo sabe a cielo y anticipa
la ascensión a los ojos
de quien todo lo mira.

Esta ciudad cayó sin una bala.
Fuimos vencidos
pero nunca seremos derrotados.
La belleza y la bondad pueden hundirse,
pero dejarnos, nunca.
Entrar en el misterio de la sombra
con todo el cuerpo joven,
la carne y su apetito sin desdoro.

Llegar al fin de la vida antes de tiempo
es mandato de dioses
y nada podemos hacer para oponernos.
Veintisiete escalones me separan
del reino de los vivos
y el dominio de sombras que me aguarda.

Arriba el cuerpo y el mentón en alto.
Bien llegada la honra de la muerte.

La isla

A Patricia,
en su día, que es todos los días

La isla parece cada día más breve
y hay días en que amanece
cansada de sí misma,
como si no quisiera
saber nada de ella.

Si se borra del mapa
en su lugar se queda
el mar del color de su sonrisa,
siempre menos alegre
que sus meneos y sus andares.

La isla parece cada día más breve.
Ansiada por tiburones,
huracanes, tsunamis, marejadas,
padece largas sequías,
lóbregas sombras la dominan e invaden
de invisible ceniza sus senderos.

Pero es una isla todavía
y una mañana

en sus ojos prospera
una flor imprevista.
La vida que en ella se renueva
quiere ser para todos
y palpitar al tiempo del planeta.

ÍNDICE

Melville en Jerusalem

Herman Melville llegó... 13

He adivinado esta ciudad... 21

Nada puede estar muerto... 22

Los cipreses... 23

Qué extraño oficio... 24

A este viejo hotel... 25

Todos somos de nuevo... 26

El mercado está allí... 27

Un hombre alimenta... 28

Más que una ciudad... 29

No hagas nada... 30

También el desierto... 31

Sueño del ballenero... 32

No sé si llegaré... 33
Sueño del ballenero... 34
Mañana regreso... 35
Verdaderas son mis quejas... 36

Jeanne

El primer y más antiguo retrato... 39
El mundo... 47
El cielo... 48
Tus muslos... 49
Yo te elegí... 50
Toda la tarde... 51
Todo es invencible... 53

Encuentros

Variaciones para un ángel atado 57
Lyceum Theatre 64
A la luz del caballo 66
Encuentro 68
Delta del Tigre 71
De mulieribus tractatus 72
Salvación 74

Diario de Villa Diodati 75
Habla Lord Byron 82
Cerro de las Campanas 87
La isla 89

La presente edición de
Melville en Jerusalem
fue maquetada por Federico de la Vega
en el Taller del Fondo Editorial
de la Universidad Autónoma de Querétaro.
El cuidado estuvo a cargo de
Diana Rodríguez y Vicente Quirarte.
Se imprimió el 17 de agosto del 2018,
en Santiago de Querétaro, México.

ISBN: 978-607-513-379-9
9 786075 133799

LIBRO MAYOR